las imprentas y con diversas construcciones que hay en la plaza, de zinc ó de antimonio; y el segundo puedo extraerlo de las tierras.

» Yo me comprometo solemnemente con V. M. y con el ejército entero á hacer lo que V. M. llama milagros; es decir, á improvisar una fábrica de pólvora y otra de salitre, una fundicion de proyectiles de bronce y una capsulería, para suplir las cebas de guerra con cápsulas de carton; esos establecimientos, unidos á los talleres de maestranza y á la sala de artificios que he formado, aseguro á V. M. que bastarán para sostener la plaza veinte dias, tiempo suficiente para que venga de Méjico el ejército auxiliar. »

Dispuso el Emperador que fuera Márquez á la capital, y le nombró su lugarteniente. Salió el veintidos á media noche, llevando mil trescientos hombres de caballería, á las órdenes del coronel Quiroga, uno de los jefes más valientes del ejército imperial. Iban con Márquez los generales don Santiago Vidaurri, con el nombramiento de presidente del Gabinete, y don Nicolás de la Portilla, antiguo y honradísimo militar, con el de ministro de la guerra. El mismo dia (veintidos) hizo Miramon una salida al Oeste con mil y quinientos hombres y cuatro cañones de campaña, sobre las haciendas de *La Congregacion* y *San Juanico*, de cuyos puntos desalojó á la caballería republicana, quitándole víveres, forrajes y algunos caballos, que introdujo en la plaza.

El veintitres recibió un refuerzo el ejército sitiador de nueve á diez mil hombres mandados por Riva-Palacio y Jimenez; se encontraba entre los jefes de estas nuevas tropas el general Vélez, desertor del ejército imperial. El veinticuatro emprendieron los sitiadores un ataque formidable, en que llegaron hasta el pié de las líneas de defensa. Como lo tenia de costumbre, hizo prodigios de valor Miramon; los enemigos fueron rechazados, perdiendo más de quinientos hombres. Al presentarse al Emperador el coronel Ramirez de Arellano, que contuvo á los republicanos con sus tiros de metralla, le saludó afectuosamente S. M. llamándole *general*, y el mismo dia le envió el despacho de ese empleo, extendido en términos muy lisonjeros por los eminentes servicios que habia prestado, creando elementos de defensa de que habia carecido la plaza. Hasta aquí sitiadores y sitiados no habian tenido en sus encarnizadas y tremendas luchas anteriores, más trincheras que sus pechos; pero á partir desde este dia, los unos y los otros comenzaron sus trabajos de zapa; los sitiadores para abrir sus paralelas, los sitiados para parapetarse en sus líneas.

El primero de Abril hizo otra salida Miramon con mil quinientos hombres, y les quitó dos obuses de campaña á los sitiadores.

Viendo que se habian cumplido los veinte dias, que se creyeron necesarios para el viaje de ida y vuelta de Márquez á la capital, y que no se tenia noticia alguna suya, los generales Miramon y Ramirez de Arellano dirigieron á S. M., el dia once, la carta siguiente (1):

«Señor: La difícil y peligrosa situacion en que la tardanza del general Márquez ha colocado á V. M. y al ejército que defiende esta plaza, impone á los Generales que suscriben, el deber de hablar á V. M. con la lealtad de caballeros y con la franqueza de soldados.

» Á la altura en que nos encontramos por efecto de pasados é irremediables errores, la plaza de Querétaro, y con ella el imperio, la interesante persona de V. M. y nuestro sufrido y valiente ejército, no llegarán á salvarse si no es por medio del auxilio de las tropas del general Márquez, quien no quiere ó no puede llegar á la vista del enemigo que nos asedia. Traidas las cosas como lo han sido á este último punto, no es cuerdo esperar el trascurso de un período de tiempo más ó ménos largo, para emprender despues una retirada imposible, toda vez que su realizacion es un sueño, ó un delirio, en el terreno de la práctica.

» Las tropas que defienden hoy esta plaza; que han sabido

(1) Parte está inédita.

poner á raya los impotentes esfuerzos del enemigo, y que despues de treinta y siete dias de sitio conservan intacta su moral; estas tropas, Señor, que pueden resistir dentro de la línea fortificada los más sérios y tenaces ataques del sitiador, y que librarian gloriosamente una batalla campal, no obstante la desproporcion numérica de aquél y de éste, la perderán instantáneamente el mismo dia en que intentemos retirarnos, sin que baste á impedirlo el ardid de presentarle al soldado como un ataque nuestro movimiento retrógrado.

»Al sonar aquella hora suprema, lo decimos con el más profundo sentimiento, caracteres débiles ó asustadizos propondrian á V. M. que clavásemos nuestra artillería y que abandonásemos todos nuestros trenes. En tal conflicto, muchos se ocultarian en la ciudad para sustraerse á los inminentes peligros de nuestra salida; la mayoría de los que marcharan con el ejército sólo procuraria ganar terreno, alejándose del teatro del combate; muy pocos lucharíamos por honor y por salvar á V. M., y en último resultado, el abandono de la plaza se convertiria en una evasion de siete mil hombres, llenos de terror pánico y víctimas de la más cabal de las derrotas.

»Los cañones abandonados sucesivamente al enemigo; un reguero de muertos y heridos; los cobardes arrollando á los valientes y arrastrándolos en su precipitada fuga; la caballería contraria cargando sobre los dispersos y acuchillándolos sin piedad; una desercion fabulosa, y algunos hombres tomando las veredas y extraviando el rumbo para salvarse, tal sería, Señor, segun la dilatada experiencia de doce años de constante revolucion, el verdadero resultado de nuestra retirada de Querétaro, el mismo dia ó al siguiente de haberla emprendido. Á la vista de tan amarga realidad, los que suscriben creen cumplir con un deber de conciencia, y dar á V. M. un palpable testimonio de lealtad y de sincera adhesion, proponiendo á V. M. que se ejecute una de las dos siguientes determinaciones, como última esperanza de salvacion:

»1.ª Siendo necesario para el triunfo de las tropas que defienden esta plaza, el auxilio de una fuerza extraña, y debiendo venir ésta sin demora, V. M. se dignará salir con mil caballos, para obligar al general Márquez á que se mueva rápidamente con tal fin, batiendo primero al enemigo que se encuentre sobre el camino de Méjico.

»2.ª Si V. M. no cree conveniente salir de esta plaza, entónces deberá marchar el general Mejía con los mil caballos, é ir á reunirse al general Márquez, para hacerle ejecutar lo que le tiene ordenado V. M.

»En ambos casos, los Generales que disfrutan la honra de dirigirse á V. M. con el fin indicado, se comprometen á defender y conservar la plaza hasta que llegue el ejército auxiliar, ó en un evento desgraciado, hasta que, sabiéndose aquí de una manera positiva la derrota de aquél, sea preciso romper el sitio á viva fuerza.»

En el Consejo celebrado el mismo dia once, contestó el Emperador en los términos siguientes, á la carta que le habian dirigido en aquella fecha Miramon y Ramirez de Arellano: «He visto con placer la proposicion de ustedes; pero no saldré, porque si hay gloria en estar aquí, quiero tener una parte de ella, y si sucumbimos, deseo tambien participar de la desgracia. Sin embargo, como el pensamiento de ustedes es magnífico, he adoptado la segunda parte de él; saldrá de la plaza el general Mejía, á quien yo he visto hoy, y me ha ofrecido marchar dentro de tres dias, que son los que calcula necesarios para poder montar á caballo. Mejía llevará plenos poderes mios para destituir á Márquez y traer el auxilio que necesitamos.»

Ponemos á continuacion el extracto del acta de la Junta de generales celebrada el diecinueve de Abril: «Reunidos de órden de S. M. el Emperador, en la morada del Excelentísimo Sr. general D. Tomás Mejía, por hallarse enfermo, los Sres. Ministro y Generales que suscriben, segun las disposiciones del Soberano, se constituyeron en junta de guerra, bajo la presidencia del Excmo. Sr. general D. Mi-

guel Miramon. En seguida tomó la palabra el presidente, y dijo: Deseando S. M. el Emperador el acierto para el mejor desenlace de nuestra situacion, así como que la presente junta tenga una libertad absoluta al tratar los puntos que le van á ser sometidos, ha resuelto que nos ocupemos de ellos sin su presencia. El Soberano me ha encargado que manifieste á la Junta, como lo hago, que pone á disposicion de ella todo, excepto su honor. Por mi parte, llamo la atencion de los Sres. Generales presentes, á fin de que las resoluciones que adopten correspondan al noble ejemplo del Emperador, y sean dignas en toda ocasion de unos soldados que tienen sobre sí inmensas responsabilidades, y que han sabido elevarse á las clases supremas de la milicia.

»Las cuestiones que el Emperador me ha prevenido que someta á la deliberacion de la Junta, son las siguientes:

»1.ª ¿Se debe continuar la defensa de Querétaro, ó ha llegado el momento supremo de abandonarla?

»2.ª Si continúa la defensa de la plaza, ¿qué se hace de víveres, forrajes y dinero?

»3.ª ¿Qué se deberá hacer con la caballada?

»4.ª Una vez que se crea conveniente continuar la defensa, ¿qué tiempo deberemos permanecer aún en este estado?

»5.ª ¿Se deberá nombrar una comision de generales para proporcionar recursos pecuniarios al ejército?

»6.ª ¿Es conveniente la salida de esta plaza de los Señores general Moret y coroneles príncipe de Salm Salm y Campos á la cabeza de la caballería?

»Tales son, Señores, los graves puntos que el Soberano se ha dignado someter á nuestra más franca deliberacion. En consecuencia, para proceder al debate, tiene la palabra el Sr. general director de artillería, D. Manuel Ramirez de Arellano, el cual dijo: «Cuando se va á tratar en esta Junta del porvenir de Méjico, de la salvacion del Soberano, y del honor y suerte del valiente y sufrido ejército que está á sus órdenes, mi conciencia me dice que debo hablar hoy con la franqueza y energía que acostumbro en todos mis actos.

Protesto á la Junta de la manera más solemne que no llevo la intencion de herir ninguna susceptibilidad, y que guardaria profundo silencio sobre alguno de los males que voy á indicar, si no me estrecharan á romperlo las altas consideraciones que he indicado.

»Señores: Yo estoy asombrado de ver lo que pasa entre nosotros de dos meses á esta parte, y he llegado á convencerme de que cuanto he leido en mi vida sobre el arte militar no son sino errores, puesto que aquí se procede de una manera contraria á lo que yo creia que eran sabios principios de la ciencia, dados á los ejércitos por la experiencia de muchos siglos y por el genio de grandes capitanes.

»Primero nos propusimos dejar concentrar al enemigo para no batirlo en detal, sino en masa; cuando estuvo reunido pensamos de diferente manera, y ya no nos pareció oportuno atacarlo, sino estar á la defensiva; luégo que tomamos esta nueva actitud, discurrimos que sería mejor abandonar la plaza, clavando, si era posible, la artillería, y dejando todos nuestros trenes; para fundar esta resolucion se decia que no teníamos parque. Entónces probé que lo habia, y ofrecí que en veinticuatro horas improvisaria yo cuantos establecimientos se necesitaran para la construccion del material de guerra, á fin de que permaneciéramos en la plaza todo el tiempo que se quisiera. Cumplí lo que ofrecí, y hoy, despues de un consumo diario de veinte á treinta mil tiros, y habiendo trascurrido un mes más, tenemos mayores existencias de municiones de armas portátiles en el parque general, que las que contábamos el veinte de Marzo.

»En la Junta de guerra de esa fecha se decidió la salida del Excmo. Sr. general Márquez, así como que las guerrillas se lanzarian á la espalda del enemigo para inquietarlo, cortarle sus comunicaciones, molestarle sus convoyes, etc.: ésto no se hizo, y hoy mismo se ve que, despues de un sitio de cuarenta y cinco dias, la caballería está dentro de la plaza, haciendo grandes consumos y sin servir, como debe, en casos semejantes.

»Sin embargo, en la série de grándes errores que nos ha conducido al estado en que nos encontramos, nada ha sido más fatal ni nos ha arrastrado á todos en una ruina inesperada, como la falta de una seccion de Estado Mayor, propiamente dicha. A esta circunstancia debemos no haber almacenado nada; no habernos fortificado oportuna y convenientemente; no tener un parque inmenso; haber despilfarrado en cuarenta y cinco dias los víveres que, con órden en la proveduría, hubieran durado cuatro ó seis meses, sin exponer al pueblo de Querétaro á sufrir la plaga del hambre, que ya se anuncia con todos sus horrores, y que se desarrollará de un dia á otro. A la falta de ese mismo Estado Mayor debemos no tener ni un peso, cuando, despues de haber sacado mezquinos recursos por los medios más vulgares y odiosos, como son los del préstamo forzoso, que tanto remeda al plagio, todavía es fácil arbitrar en corto tiempo las sumas que bastarian para atender al ejército durante un mes.

»Tamaños males tienen remedio aún, siempre que éste se aplique adonde lo piden las circunstancias. Aquí no debería haber ministerios; no debe haber autoridades civiles; no debe haber juntas recaudadoras de impuestos. El estado de sitio, con todos sus rigores, el general en jefe, que es el Emperador, y un jefe de Estado Mayor inteligente, activo y enérgico, que trabaje veinte horas, por lo ménos, diariamente, es lo único que mandan las reglas del arte y que aconseja el sentido comun.

»El jefe de Estado Mayor tiene que ser hoy algo más que un ministro universal; á él toca exclusivamente centralizar la alta direccion de los ramos de guerra, hacienda, gobernacion, justicia, policía, etc., y ejecutar además cuanto sobre estos diversos puntos disponga el Soberano. La autoridad militar necesita ser la única, y debe obrar con toda la energía de que es susceptible.

»En consecuencia, mis opiniones son las siguientes:

»Que continúe la defensa de la plaza hasta que se sepa definitivamente si el general Márquez la auxilia ó no; que los víveres, forrajes y dinero debe proporcionarlos el jefe de Estado Mayor; que salga la caballada de la plaza; que se sostenga la plaza, por lo ménos, un mes más, lo cual es fácil si el Estado Mayor pone en práctica los medios sencillísimos que hay para lograr este fin; que no se debe nombrar una comision de generales para proporcionar recursos ni para ningun otro objeto, porque es de la obligacion del jefe de Estado Mayor arbitrar cuanto necesite el ejército; que debe salir de la plaza la caballería con los Sres. general Moret y coroneles príncipe de Salm Salm y Campos; pero mandada por un general de alta representacion, para que llene el objeto de las instrucciones y poderes que llevará del Emperador.»

Habiéndose resuelto por la Junta la continuacion de la defensa de la plaza, se dispuso que saliera el general Moret con una partida de caballería á llevar correspondencia á la capital. Intentó ponerse en marcha el veintiuno, pero no lo consiguió, porque los sitiadores rechazaron su escolta; mas el audaz guerrillero Zarazúa pasó las líneas enemigas con cincuenta hombres de caballería.

El veintiseis propuso un plan Miramon al Emperador, que S. M. aprobó, para el ataque de la línea enemiga del Sud, establecida sobre la formidable posicion del *Cimatario*. «Al romper el alba del veintisiete», dice el general Ramirez de Arellano, «ejecutó Miramon su plan, tal cual lo habia concebido, y en una hora batió con dos mil y quinientos hombres á los diez mil republicanos que ocupaban la posicion del *Cimatario*. En poco tiempo se hizo dueño de esta posicion formidable y de veintiun piezas de artillería, que hizo llevar á la plaza; pero no habiendo podido situarse Castillo de la manera que se le habia indicado, destacaron los republicanos un auxilio de cinco mil hombres, que causó pérdidas graves al ejército imperial, y recobró la posicion de donde acababan de ser arrojadas las numerosas tropas de Michoacan y de Sinaloa. Los sitiados tuvieron que volver á

entrar en Querétaro, diezmados por el fuego del enemigo.»

Se hizo otra salida el primero de Mayo por el Este: se encargó al coronel Rodriguez que con dos batallones atacara el portazgo del camino de Méjico, despues de que Ramirez de Arellano hubo batido en brecha la hacienda de *Colleja* para facilitar el paso de la columna; pero habiendo recibido su jefe un balazo que le atravesó el corazon, se desorganizaron los soldados y se frustró el objeto de la salida. Era el coronel Rodriguez un jóven veracruzano de mucho mérito y de gran valor: habia caido prisionero en Puebla, y se hallaba en Francia cuando Maximiliano nos encargó, en Octubre de 1863, que le proporcionáramos dos mejicanos para oficiales de órdenes, y, si posible era, de los que estaban prisioneros. Tuvimos la buena suerte de dar con el valiente Rodriguez, que era entónces comandante, y en tres años habia llegado á ser coronel por sus buenos servicios.

Era necesario neutralizar el resultado de las salidas desgraciadas: esperando lograrlo, hizo otra Miramon el tres, y atacó el grueso del ejército sitiador; mas cuando parecia favorecerle la Providencia, cayeron muertos el coronel Sosa y los tenientes coroneles Franco y Ceballos, que mandaban cuerpos, lo cual desorganizó á los imperialistas. «En este momento», dice Ramirez de Arellano, «lanzaron sus columnas de reserva los sitiadores sobre los imperialistas, quienes las rechazaron vigorosamente, causándoles pérdidas sensibles. El resultado de esta accion dió un golpe tan fulminante al moral de los sitiados, que les quitó hasta la esperanza de volver á tomar la ofensiva, á ménos de que hubiera sido para poner término á una situacion tan penosa.» Quisieron celebrar los sitiadores el aniversario de la derrota de los franceses en Puebla el cinco de Mayo de 1862. Despues de haberlo hecho todo el dia, se propusieron terminar la fiesta con un fuerte ataque sobre la plaza á las ocho de la noche, en que fueron rechazados.

No habia dia en que no enviara cartas el Emperador al general Márquez, pidiéndole que llevara auxilios prontamente. La siguiente, que nos ha remitido el Sr. general Ramirez de Arellano, da una idea de la triste situacion en que se encontraba el ejército imperial:

«Mi querido general Márquez: El fatal estado físico y moral que, despues de sesenta y tres dias de sitio riguroso, guardan nuestro ejército y el pueblo de Querétaro, hace imposible continuar la defensa de esta plaza si no es por cortísimo tiempo. Adjuntos á esta carta van ejemplares de los decretos que, desgraciadamente, hemos sido estrechados á expedir últimamente, y los cuales os darán idea de la penosa situacion en que nos encontramos.

»La salvacion nacional, la del ejército y la de esta leal é importante ciudad, exigen que cada tercer dia nos mandeis un correo escoltado por veinticinco ó cincuenta caballos, que penetre en la plaza por sorpresa. Es de necesidad absoluta que, por este medio, nos deis noticias de vuestra aproximacion á Querétaro, del dia en que esas tropas atacarán á los sitiadores, de los puntos ó punto por donde será amagado el enemigo, y, sobre todo, de la direccion que sigais y jornadas que haréis. Esta última parte es de la más alta importancia, por ser ya poco ménos que imposible nuestra permanencia en Querétaro.

»Habiendo desplegado nuestro ejército un heroismo y sufrimiento sin iguales en espera del arribo de vuestras tropas, ante la patria y la historia serán de vuestra responsabilidad exclusiva, las consecuencias que se originaren por causa de vuestra demora, que excede ya de todo límite excusable.

»Recibid las seguridades de vuestro afectísimo, MAXIMILIANO. — Cuartel general en Querétaro, Mayo 7 de 1867.»

Habiendo perdido las esperanzas de recibir auxilios; reducidos el ejército y el pueblo de Querétaro al hambre, la miseria y las enfermedades; disminuidas las tropas por estas últimas y las pérdidas en los diversos encuentros con el enemigo, resolvió el Emperador el diez de Mayo abandonarlo; pero quiso que los tres Generales jefes de las armas y el nue-